

## Revista Panacea

Raúl Guerra Garrido

Cuando el dolor arrecia en lo más familiar imposible, la reflexión y las divagaciones ceden ante la rutina impuesta por la necesidad, y una tertulia puede ser una simple disculpa de desahogo, de disculpa ante los amigos, un simple elenco de nombres propios y actividades no cumplidas con el debido esmero.

Uno no se explica por qué el dolor no desaparece una vez cumplida su noble labor de síntoma, de timbre de alarma, y por qué insiste de forma tan injusta como innecesaria. Panacea, la que todo dolor cura, hija de Asclepio y hermana de Higea, se acaba de instalar entre nosotros con el nombre de *Revista Panacea*, revista de humanidades, ciencia y sanidad, una revista digital dirigida por el entusiasmo de Daniel Pacheco, dispuesta a pasearse por entre las dos culturas, como ya hiciera en otro formato por el Ateneo de Madrid, y todos los que gustamos de circular por tal pasillo intervendremos: Javier Puerto, Esteva de Sagrera, Carlos Lens, Enrique Granda, Santiago Cuéllar, Federico Mayor, en realidad todos, en mayor o menor grado. Punto com y se accede al prodigio. Me pierdo la representación de *La farmacia de Antón Chéjov*, monólogo y maravilla de expresión corporal de Ángel Simó, en la librería Con Tarima, y con ella la hilarante versión de *Sobre el daño que hace el tabaco*, algo de lo que ya se informaba en el herbario de Gutenberg, ¿recuerdan? Sí recibo y leo, lo de leer es más accesible por no necesitar desplazamiento, la antología de microrrelatos de José González Núñez, *Ajuste de cuentas*, con la deliciosa perla referida a la teoría práctica de la condición humana: «Todo el mundo va a lo suyo, excepto yo, que voy a lo mío». La paremia como relato es una peligrosa tentación para el narrador, alguien que ha de estar seguro de sus fuerzas como el gaitero y el fumador de habanos. Una mala noticia, José Félix Olalla, excelentísimo presidente, persona y poeta,



COMENTA EN [www.elfarmacéutico.es](http://www.elfarmacéutico.es)

©Thinkstock

renuncia por estética (no encuentro otra causa) a seguir presidiendo AEFLA, ya saben, lo de nuestros colegas amantes de las artes y las letras, y habrá nueva junta en la que, si no me resisto con más ahínco, figuraré de alguna forma junto con el entusiasmo del siempre joven Benito del Castillo y las impagables colaboraciones de Margarita Arroyo dirigiendo *Pliegos de rebotica*, y José Vélez editando los libros de Pharma-ki (a no perderse el último, la antología de Federico Muelas).

Esto de AEFLA necesitará una más larga noticia, explicación y presencia de tertulianos. Me vienen encima reediciones de mis novelas que no sé cómo atender, entrañables y conflictivas ya veremos dónde y cómo. Una es *La costumbre de morir*, en la editorial Reino de Cordelia y bajo el

auspicio de Castelló Negre, alegre festival de novela de crímenes en Castellón, y la otra *Tantos inocentes*, en Alianza Literaria, que debutará en la librería Cosecha Roja de Valencia con la colaboración de Amnistía Internacional.

La vida sigue fluyendo, ese río que va a dar a la mar y no nos permite bañarnos dos veces en las mismas aguas, por más que no le importe la posibilidad de que tropecemos dos veces, a voces más, en la misma piedra: nada-remos, nada que hacer.

Consuela la voz de una panacea en la que ponemos nuestra esperanza, y a propósito de la *Revista Panacea*: analizará lo cotidiano, lo histórico y lo por venir desde la perspectiva humanística y científica, ambas lúdicas, pero dejará fuera la crónica de la actualidad rabiosa que otras empresas llevan adelante con tanta aplicación y acierto como este *El Farmacéutico*, en cuyas páginas nos conciliamos. Confiando en Panacea y dándole la razón a Pío Baroja: «Quien no sabe del dolor, nada sabe de la vida». Un desahogo. ●